

INCUNABLE publicará
nueve números cada año,
uno por cada mes de curso,
y un extraordinario en los
meses de verano

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Anuales 10,00 pts.
Número suelto 1,50 "

Redacción: San Pablo, 17
Admón.: Compañía, 3 - Salamanca

N.ºs 5 y 6

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 1948

incunable

COLEGIOS MAYORES SACERDOTALES DE LA U. P. DE SALAMANCA

SUMARIO

El cristal de INCUNABLE (p. 1).—
El sacerdote en el mundo (p. 1).—
En torno a las excavaciones del
Vaticano (p. 4).—Los problemas
de la censura cinematográfica (pá-
gina 5).—La Facultad Teológica
de Cartuja (p. 7).—Carta de un
amigo (p. 8).—Espiritualidad de
una sensibilidad poética (p. 9).—
Evocando una tarde (p. 11).—
Una técnica difícil (p. 12).—Los
maronitas en España (pág. 16).

EDITORIAL

El cristal de INCUNABLE

Ahora la física moderna ha venido a confirmar la antigua verdad del adagio que condicionaba el ser de las cosas al color del cristal con que se miran. Claro que no aceptamos bobalicónicamente la filosofía que a lo largo de siglos ha ido el vulgo entañando en sus refranes. Pero gusta que de vez en vez la teoría científica les avale la ingenua picardía.

Nuestro periódico, cada día más ambicioso en afanes y abierto en programa, tiene también muy puesto sobre la nariz un cristal de color determinado, que definirá su personalidad frente a cualquier contingencia que haya de examinar o enjuiciar. Un cristal bien sencillo y bien claro, que quisiéramos siempre limpio de adherencias para lograr la mirada luminosa que todo lo ve en su matiz exacto. Redactores y lectores tenemos bañada la pupila de nuestros ojos en una coloración específica, que nos hace mirar y ver las cosas con preocupaciones y con alegrías inexplicables a quienes padecieran daltonismo con respecto a ella. Coloración, por otra parte, simple y breve en su formulación química: espíritu sacerdotal, vivencia de la gracia, que a nuestras almas llega por la imposición de las manos; inquietud por el tiempo en que nos ha tocado vivir la participación del gran sacerdocio con sus imperativos íntegros. Quiera el Señor que estas palabras puedan siempre explicar nuestros pasos.

INCUNABLE

EL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA Y SU PRIMER DIRECTOR

Joaquín Ruiz-Jiménez, catedrático y eminente jurista, es uno de los más jóvenes valores de la intelectualidad española

El Gobierno Español le ha nombrado recientemente Embajador de España cerca de la Santa Sede

Por Manuel Giménez Quilez

El día de San Silvestre, último del año 1945, se funda en Madrid el Instituto de Cultura Hispánica, y nueve meses después se promovía a la dirección del mismo al hombre que durante dos años consecutivos de constancia, iniciativa y colaboración habría de ser el cerebro que pusiera en marcha el gran cuerpo desentrenado de España en el ámbito de la Hispanidad. Joaquín Ruiz-Jiménez no es para el Instituto simplemente su primer Director; en toda empresa que nace o resucita, alguien ha de ser el primero. En esta ocasión, el primero es también la cabeza, la capitalidad de un organismo creciente con su corazón, sus brazos y sus piernas que han de moverse armónicos merced a la sincronía que sólo puede dictar un pensamiento rector. Joaquín Ruiz-Jiménez será siempre el primero a la hora de hacer historia del Instituto de Cultura Hispánica. Se nos va cuando cumplía los dos años al frente de todos nosotros, los empeñados en esta ardua labor de llevar adelante por el mundo las banderas hispánicas. Se nos va a otros cielos de empresa y sacrificio, allí donde España sigue siendo idea y deber de comunidad constructiva, política de misión y catolicidad. Joaquín marcha a Roma como pudiera haberse detenido en Santiago de Chile o en la altiplana Méjico;



Joaquín seguirá en Roma no trazando los destinos hispánicos de España, que ya fueron trazados, sino caminando y haciendo caminar por ellos a los españoles, abocados a la juvenil empresa de la cultura hispánica, "empresa de juventud y de espíritu—como diría Joaquín en 1946—al servicio de la concepción cristianamente total de la vi-

da": lo que el Cardenal Pizzardo llamó, en esa Roma que acoge a Ruiz-Jiménez, "catolicismo integral".

SU VIDA

Pero antes de puntualizar detalles de lo que fué del Instituto y de su Director durante los primeros años (Continúa en la página 10.)

El sacerdote en nuestros días

Por ALONSO DE OROZCO

EL sacerdote es un hombre como los demás hombres. *Ex hominibus assumptus*... Con carne y hueso, con pasiones y miserias, con potencialidad obediencial para lo divino, con pródomos de heroísmo e ideales en las entrañas...

Sobre las gracias y las exigencias de su bautismo el Señor ha hecho descender luego sobre él las gracias y las exigencias de la ordenación sacerdotal. Por ésta participa activamente del sacerdocio mismo de Jesús. Por eso es, mucho más que los simples fieles, otro Cristo. El sacerdote es un hombre *cristificado* con una plenitud especial. Su vida ha de resplandecer, por lo tanto, con fulgores de cristificación en todo y siempre. El sacerdocio, cualidad accidental, desde luego, de su vida, afecta, sin embargo, directa o indirectamente, a todo su ser y existir y actuar por completo.

Jesucristo es el Dios-Hombre. Sin dejar de ser Dios se ha encarnado por la gloria del Padre, buscada en la salvación de nosotros los hombres.

Esa su obra redentora es eminentemente sacerdotal. El sacerdote—*alter Christus*—tiene que ser, por consiguiente, un hombre *divinizado* y un hombre *encarnado*.

Un hombre divinizado, el *homo Dei* de San Pablo, el *hombre celestial y divino*, que decía Santa Teresa de Jesús de San Juan de la Cruz, el de los criterios, y sentimientos, y actuaciones sobrenaturales, evangélicas, cristíferas...

Y sin perder una gota de su endiosamiento, antes bien, aumentándole precisamente por ello, ha de ser un hombre encarnado, es decir, un hombre que vive, trabaja y muere todos los días por los

otros hombres, que los ama, que los comprende, que los compadece, que se hace todo para todos para ganarlos a todos para Cristo...

En su vida sacerdotal ha de lograrse eminentemente esa síntesis maravillosa de esas dos direcciones al parecer inconjugables: divinización y humanización perfectas a la manera—salvadas la distancia y la realidad trascendentalmente distinta—, a la manera que en Jesucristo el Pontífice, el puente entre lo divino y lo humano, el Dios-Hombre, Sacerdote sumo y eterno...

(Continúa en la página 6.)

CIEN MILLONES DE VOLUMENES TENDRAN LAS FUTURAS BIBLIOTECAS

Hacia la creación de la "microbiblioteca"

NO sabemos hasta dónde nos ha de llevar el progreso, vertiginosamente geométrico, de la técnica. Se nos dice que las bombas atómicas de la última guerra son ya pelotas de arcabuz al lado de los últimos secretos bélicos. Oír hablar de radios de bolsillo, televisión, etc., nos es ya familiar. Sin embargo, no nos fijamos a las veces en el alcance que han de tener todos estos inventos en el campo de las letras, y concretamente en el del libro.

Hoy las bibliotecas—no todas, por desgracia—se sienten abrumadas por la entrada tumultuosa y asfixiante de las nuevas producciones. Crea ello un doble problema: espacial y económico. Se puede calcular por las estadísticas que, dentro de un siglo, la biblioteca de una universidad de tipo medio de los Estados Unidos tendrá, siguiendo el ritmo actual, alrededor de los 100 millones de volúmenes. Dando a cada libro un lomo normal de 25 milímetros, constituyen una fila de 2.500 kilómetros, con los que se puede construir una carretera de Salamanca a París, de ida y vuelta. El problema del dinero es tan fácil de comprender que huelgan todas las cifras astronómicas.

¿Cómo resolverlos? La primera solución, ya conocida, y la más utilizada en nuestros días, fué la del "microfilm", que permite guardar en un rollo de película cinematográfica corriente, de 1,60 metros de longitud, unas 40 fotografías, en cada una de las cuales puede obtenerse la reproducción de dos páginas. El sistema, sin embargo, con ofrecer

(Continúa en la página 13.)

MIS ABUELOS ASISTIERON A LAS BODAS DE CANA

—¿Habla usted el castellano?—le preguntó un profesor el primer día de clase.

—No, señor—respondió sin vacilar.
La verdad es que lo entiende y habla perfectamente, y no acaba uno de explicarse cómo en cuatro meses se puede saltar de esos sonidos ininteligibles que hablaba en el Líbano el Hermano Vicente Zeitún al castellano limpio y reposado en que ahora se expresa.

Alto, recio, más serio que expresivo, pero con una suavidad íntima que se transparenta por su tez árabe. Delicado y complaciente, nos ha hecho gustar la fineza de las tierras orientales, donde amanece el sol muy nuevo e ingenuo y se esconde en atardeceres gloriosos, cuando ya los cedros le han contado en las montañas muchas historias viejas.

—¿Contento?
—Feliz, muy feliz. No pueden sospechar ustedes los católicos y sacerdotes de España cuánto de maravilla tiene la paz y el ambiente sobrenatural en que viven. Pienso en mis hermanos de Caná, en mi familia, en mí mismo mientras allá he vivido, y digo que esto es el paraíso.

Caná de Galilea... Comprenderán mis lectores que este nombre justifica mi poquito de emoción y el diluvio de preguntas con que apedree al Hermano Vicente. Os daré breves, desnudas de retórica, sus respuestas.

—Nací en Caná, y allí viví con mis padres y hermanos hasta los nueve años; fui entonces a Jerusalén para ingresar en

el colegio de los Padres franciscanos, donde permanecí hasta los veinte. Me trasladé luego a Alepo de Siria, y de allí pasé a la casa de formación que los Padres de la Misión libanesa tienen en Djounie (Líbano). Entonces me incorporé al rito maronita.



El Hermano V. Zeitún a las puertas del Santuario de Caná

—¿Es que en Caná...?

—En Caná pertenecía al rito latino. De los dos mil quinientos árabes que en la actualidad pueblan la ciudad, más de la mitad son musulmanes, y el resto cristianos, quinientos de los cuales son católicos, distribuidos así: doscientos de rito bizantino y trescientos del latino.

(Continúa en la página 10.)